El final de la fiesta

VÍCTOR SOSA

Es cierto que las expectativas para el hombre en este fin de milenio son pocas y nada alentadoras: sobrepoblación a escala planetaria, destrucción indiscriminada de la capa de ozono, desertización acelerada de zonas que antaño eran selvas vírgenes o bosques frondosos o verdes y ricas sabanas; a ello sumemos las guerras étnicas —esa nueva modalidad finisecular de los nacionalismos emergentes—, la estupidización masificada a través del esparcimiento y la "información" televisiva, la totalitaria deificación del mercado sin ninguna restricción de orden ético, la pérdida absoluta de paradigmas y del mínimo respeto por lo sagrado y lo divino. La lista podría ampliarse *ad infinitum* pero con lo dicho hasta ahora es suficiente como para augurarle un final orwelliano a esta especie poseída por un ingobernable espíritu autodestructivo. Ya Nietzsche, proféticamente, lo intuía cuando en pleno ensueño productivista dejaba caer estas palabras: "perecerás por tus virtudes". En ese entonces el loco teutón parecía estar muy lejos de la industriosa realidad de sus contemporáneos y, en efecto, lo estaba; estaba hablando no de los éxitos extraordinarios alcanzados por la civilización a la que pertenecía, sino de sus terribles consecuencias directas e indirectas. No estaba hablando: estaba profetizando el final de ese festín occidental y cristiano sobre el mundo. Otros, lo dirían de otra forma:

> Es del todo evidente que, a menos que se consiga hacer más lento el ritmo colosal a que avanzamos (y no cabe esperarlo) o bien —lo cual, por fortuna, es más probable— que se le opongan fuerzas contrarias de magnitud equivalente, en el sentido de la religión o la filosofía profunda, con irradiación centrífuga opuesta a esa religiosa tormenta centrípeta que nos arrastra al vórtice de lo meramente humano, lo natural es que este tumulto tan caótico, librado a sí mismo, tiende de por sí al mal, en algunos espíritus a la locura y en otros a una reactivación del letargo carnal.

Las palabras anteriores pertenecen a Thomas de Quincey y fueron dichas en 1845; parece extraño y asombroso que hoy resuenen en nuestros oídos como dichas por un contemporáneo y definitorias de nuestra llamada modernidad. Con esas palabras se abre *Es tarde para el hombre*, de William Ospina (Padua, Colombia, 1954), de quien ya nos hemos ocupado con anterioridad y quien tiene publicados los poemarios *Hilo de arena*, *La luna del dragón* y *El país del viento*. Se trata en esta ocasión de un libro compuesto por seis ensayos donde se abordan las consecuencias de esas mortales "virtudes" nietzschianas que citábamos al comienzo. No es extraño, entonces, que el autor abra el fuego con un ensayo titulado "Los románticos y el futuro", ya que el Romanticismo —más que una simple escuela pictórica, poética o musical— encarnó de manera congruente una *actitud* vital ante los acontecimientos históricos que le tocó vivir. En efecto, el Romanticismo fue una reacción —saludable reacción— a la Ilustración francesa, al Empirismo inglés y al Racionalismo alemán, instancias del pensamiento de Occidente que llevaron a un culto desmedido de la razón y a la fe ciega en el progreso como único camino hacia la libertad. A partir de ahí, el Positivismo racionalista se impondrá en el siglo XIX como precepto universal que reduce a fórmulas lógicamente demostrables aquello que antes pertenecía al oscuro reino del Misterio. Ante ese estado de cosas los románticos reaccionan e intentan restablecer los vínculos del hombre con los misterios insondables del mundo. Lo dice Ospina con agudeza:

> Ésa fue la función que cumplieron los Románticos, renovar, a comienzos de la edad moderna, los lazos vitales que nos unen con el misterio, con la divinidad y con la naturaleza inmortal, y dejar flotando sobre los espíritus, cuando ya crecían los desiertos del utilitarismo y del sin sentido, un recuerdo de altos destinos y un ejemplo de aventuras audaces, para que algo sagrado y poderoso pudiera acudir en nuestra ayuda a la hora de los grandes eclipses.

Pero lo que no dice el colombiano es que los mismos románticos estaban atrapados en una contradicción irresoluble propia de la época y de su enorme soledad ante el mundo.

El poeta, el creador romántico, vive un estado del ser que es desafío y temor ante el abismo que se abre a sus pies; vive por primera vez la *conciencia de la escisión* entre palabra y mundo que luego se ahondará de manera definitiva en nuestro siglo. En ese sentido, es pertinente recurrir a las palabras de Rafael Argullol en *La atracción del abismo*, donde dice:

> La *conciencia de la escisión* entre Naturaleza y hombre que atormenta a los manieristas se convierte en definitivamente irreparable para los románticos. Estos desean el retorno al espíritu de la Naturaleza, porque en él reconocen a aquel dios que en la anhelada e inexistente Edad de Oro alentaba la unión de Belleza, Libertad y Verdad. Desean, como Anteo, retornar a esa naturaleza saturniana, a esta madre en cuyo seno reconocen su ansia de plenitud. Mas, en su conciencia trágica, perciben claramente que este camino de retorno se halla obstaculizado por el temible rayo de la impotencia. Junto a la naturaleza saturniana y liberadora se halla una naturaleza jupiteriana y exterminadora que destruye cualquier proyecto de totalidad [...] Por eso, en la pintura del Romanticismo son indeslindables el "deseo de retorno" al espíritu de la Naturaleza y la conciencia de la fatal aniquilación que ese deseo comporta.

Es decir, los románticos sabían, a su manera, que no había retorno posible. De ahí los *paraísos artificiales* y los viajes hacia lo exótico o al rescate de esas "eras imaginarias" de la humanidad. Se trataba de un último intento de lucidez —que muchas veces lindaba con la alucinación— ante la inminencia del desastre; se trataba también de un último gesto heroico —siempre la figura arquetípica del héroe que llega para redimir— ante el desierto de la significación. El resto será páramo y ordenadores, *yuppies* y fluctuaciones en el mercado bursátil de la modernidad.

A partir de ahí, es decir, de esa declaración de fe romántica, Ospina arremete contra "Las trampas de progreso" con la ciencia y la técnica como puntas de lanza encargadas de desbrozar el terreno donde la industria se instalaría como puntal de un irreversible desarrollo. Y el progreso llegó para quedarse y para imponerse en todas las áreas del entendimiento:

> Pero pensar que hay progreso en el arte —nos dice el autor—, en la música, en la poesía, es simplemente uno de los errores más extendidos y más dañinos de la crítica [...] Lo que hace valioso a una obra no es su actualidad sino su intemporalidad, su capacidad de tener sentido para gentes de muchas épocas distintas.

Cierto, no hay progreso en el arte "ya que el valor estético de una obra corresponde a su verdad interna", pero, ¿no será que el arte *también* responde a una mirada que lo define como tal? Quiero decir que si entendemos el arte africano es, en gran parte, gracias a la *mirada* de Picasso y no sólo por su intrínseco valor artístico. En otras palabras, nuestra mirada hace posible el objeto artístico a partir de una percepción cultural y no a partir de un hipotético arquetipo universal de lo bello. La "Rueda de bicicleta" de Marcel Duchamp sería un objeto *invisible* —artísticamente hablando— bajo la mirada del Renacimiento, pero deviene un fetiche cultural bajo la mirada *culta* del siglo XX —y más tarde será tan *hermosa* como la *Victoria de Samotracia*. Pero las baterías de Ospina no apuntan, específicamente, hacia los eternos problemas de la estética sino hacia la invalidación del concepto de progreso, al que se suma la teoría darwiniana de la evolución

La Gaceta

DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

NUEVA ÉPOCA NÚMERO 301 ENERO DE 1996

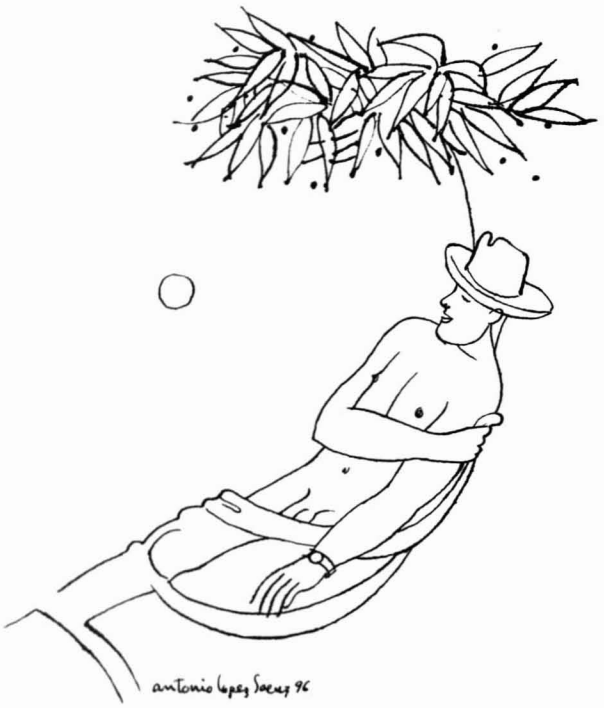
Homenaje a Juan Rulfo
a los diez años de su muerte

NICANOR PARRA ◆ JOSÉ EMILIO PACHECO ◆ ELISEO DIEGO
EDUARDO MITRE ◆ AUGUSTO ROA BASTOS ◆ VÍCTOR HERRERA

Textos de
SAÚL YURKIEVICH ◆ GUY DAVENPORT ◆ JOSÉ BALZA ◆ LEO EDUARDO MENDOZA
LUIS VILLORO ◆ ROGER BARTRA ◆ DENIS DE ROUGEMONT ◆ MARC CHEYMOL

Poesía de
JOSÉ KOZER ◆ JULIO HUBARD ◆ EMILIO GARCÍA MONTIEL

Fotografías de Juan Rulfo



de las especies. Apunta hacia una ética de la vida cotidiana que denuncia:

> una cultura del derroche que invierte el esfuerzo de miles de seres en cosas cuya función es durar un instante, cosas que parecen marcadas por el deber de la inmediata caducidad, cosas cuyo uso no puede repetirse. Un melancólico vaso plástico sería el símbolo perfecto de esta época derrochadora y superficial si no compitieran con él los dos bastones simbólicos de nuestra declinación: esa calculadora portátil sin la cual ya no somos capaces de sumar los minutos que ahorramos usándola y el poliédrico control remoto que ha llevado nuestra inmovilidad doméstica a unos grados de perfección insospechados.

Crítica de la idea de progreso y crítica del aparente confort impuesto por las leyes del mercado —ese blanco elefante de la posmodernidad.

En "El canto de las sirenas" Ospina lanza sus dardos contra el complejo aparato publicitario poblado por bellos jóvenes atléticos y felices:

> ese universo de papel y de luz donde nadie sufre tragedias que no pueda resolver el producto adecuado, donde nadie envejece jamás si usa la crema conveniente, donde nadie engorda si toma la bebida que debe, donde nadie está solo si compra los perfumes o cigarrillos o autos que se le recomiendan, donde nadie muere si consume bien.

El colombiano contrapone a la edulcorada realidad publicitaria su correlato infernal

> de los basureros de la industria y el consumo donde pugnan por sobrevivir los que carecen de todo, los que no tienen ni belleza, ni salud, ni juventud, ni éxito, ni fortuna;

es decir, la otra cara del festín de Occidente que es la verdadera cara del monstruo sin maquillaje.

Pero Ospina insiste y ahora arremete contra otro de los pilares de la sociedad contemporánea. En "La mirada de hielo" enfoca el tema de la medicina moderna transformada en rentable negocio para los galenos y las industrias farmacéuticas. A la salud como condición fundamental para la productividad, el autor contrapone la enfermedad como posibilidad antiproductivista y reveladora del misterio vital:

> De entrada, si el de la salud es tiempo para el mundo el de la enfermedad bien puede ser tiempo para el hombre, para la introspección, el recogimiento, la vuelta sobre los misterios del cuerpo, sobre su relación sobre el universo natural.

De ahí pasamos a los dos últimos ensayos, "El naufragio de Metrópolis", donde el escritor recrea el cotidiano apocalipsis de nuestras ciudades abandonadas por los dioses y las compara con esa

> ciudad perfecta, sujeta a una divinidad evidente o tácita: una Atenas consagrada al poder y a la ley, una Lucrecia venusina consagrada al placer y al amor, una Florencia apolínea consagrada a las artes, una Sibaris consagrada al arte de vivir, una Sodoma consagrada a la voluptuosidad, una Bagdad o una Alejandría consagradas al conocimiento.

Y, finalmente, en "Los deberes de la América Latina", el autor aborda la híbrida y compleja identidad latinoamericana nacida como reacción y consecuencia de esa vasta entelequia llamada Europa — que hoy se desgrana en múltiples nacionalismos y en un racismo generalizado que contradice la utopía de una Europa económica y culturalmente unívoca.

Más allá de sus resonancias apocalípticas, casi siempre dos palabras se imponen al final de los ensayos, éstas son "milagro" y "esperanza". A pesar de que es tarde para el hombre nunca es demasiado tarde para la esperanza, nos dice Ospina en sus trabajos. Sin embargo, el discurso del colombiano adolece muchas veces de ingenuidad y maniqueísmo. No hay matices en Ospina; hay un *antes* y un *después* que definen dos realidades antagónicas — la primera encarna el reino de la Naturaleza, es decir, de la belleza, de la paz y de la armonía sobre la tierra; la segunda el reino de la Civilización depredadora, de la fealdad, de la enajenación y de la guerra—. No hay términos medios y la naturaleza se puebla de adjetivos: "... la ingenua y mágica naturaleza, cuyo atributo más evidente es la inocencia"; y los animales vuelven al paraíso terrenal: "la docilidad, la inocencia y a veces la pasividad de las criaturas..."; y la historia le da la razón al mito: "En ese mundo remotísimo donde la fe movía montañas, donde la ingenuidad creía en milagros y a menudo los hacía." En estos bucólicos términos, su radical crítica a la sociedad contemporánea pierde credibilidad al idealizar aspectos y circunstancias de la historia bajo una mirada mítica, cargada con un sentimentalismo demasiado humano. La búsqueda de ese genuino sentido de lo sagrado —que tanto le preocupa a Ospina— merece un tratamiento menos simplista y reduccionista, para salvar, al fin, lo que podamos salvar del hombre en este *virtuoso* final de fiesta que nos ha tocado vivir. ◆

William Ospina: *Es tarde para el hombre*, Norma, Bogotá, 1994. 135 pp.